

EL MEDITERRANEO Y SU NEUTRALIZACION

1. *Situación general. Presencias extrañas.*

Para considerar con el mayor realismo posible la situación en el Mediterráneo hay que tener en cuenta en primer lugar su importancia geoestratégica. Dificilmente va a poder sustraerse este espacio a los efectos que en cualquier parte del mundo, pero más en aquellas cuyo dominio puede ser resolutivo para la disputa de la hegemonía mundial, produce la política de bloques y esferas de influencia, todavía imperante.

La bipolaridad puede verse atenuada por las muchas conversaciones que buscan la coexistencia y la armonía; puede hasta aparentemente desaparecer si prevalece la buena voluntad de resolver problemas comunes; pero sigue siendo, por ahora, la base de toda consideración estratégica. Hoy por hoy, son los Estados Unidos y la U. R. S. S. las únicas potencias que por sí mismas y directamente influyen, apoyadas en su poder nuclear preponderante, en los demás estados soberanos, disputándose esta influencia en los terrenos ideológico, político, económico y hasta militar. En modo particular esto ocurre sobre aquellos pueblos más débiles políticamente o en fases bajas de desarrollo y muy especialmente sobre aquellos que acaban de lograr su independencia.

La U. R. S. S. ha hecho un verdadero esfuerzo por llevar su influencia a zonas alejadas de su territorio. Hoy hace acto de presencia económica, política y militar en países como, por ejemplo, algunos del mundo árabe, que a su vez son también objeto de la atención de Estados Unidos de Norteamérica. Esta última potencia no renuncia a ejercer su particular influencia y ha ido sustituyendo a la que, al descolonizar, perdían franceses y británicos. En consecuencia, se ha ido planteando un enfrentamiento que aceleró la presencia militar de Estados Unidos y de la U. R. S. S. en algunas zonas como las mediterráneas, percibiéndose una peligrosa carrera de armamentos en

determinados países, así como un creciente alarde de unidades navales de una y otra gran potencia entre Gibraltar y Suez.

Por lo que se refiere a la presencia de la flota soviética en el Mediterráneo, si bien es creciente y peligrosa, conviene estimarla justamente. Los ingleses, por ejemplo, opinan que se está produciendo un aumento de efectivos y creen muy conveniente reforzar los navales de occidente para que la presencia soviética no resulte excesiva, atreviéndose a afirmar que «la presencia británica se verá con más agrado que la norteamericana en algunos sectores mediterráneos».

Son precisamente los británicos quienes sostienen que los efectivos navales de los rusos no constituyen en el Mediterráneo realmente una amenaza militar por ser principalmente buques de abastecimiento y no todos modelos modernos. Además, estas unidades operan lejos de sus bases y sin el menor apoyo aéreo, pues las bases de Egipto y de Siria no tienen instalaciones permanentes. En total, los efectivos constituyen un núcleo menor que la flota italiana y es seguro que no podrían impedir una intervención de Occidente a favor de Israel. Tampoco podrían llegar nunca a neutralizar a la VI flota norteamericana. Por el contrario, sostiene el ministro de Defensa británico, Mr. Healy—cuyas ideas estamos más o menos siguiendo ahora—, «en caso de guerra todos los buques soviéticos quedarían hundidos en cuestión de minutos, antes de que tuvieran oportunidad de disparar sus proyectiles de largo alcance».

Parece, en efecto, que todo esto está garantizado mientras se posea el completo dominio aéreo del Mediterráneo. Las bases británicas en Chipre, así como las posibilidades de apoyo en Malta y en Gibraltar y la participación de las fuerzas aéreas de los países mediterráneos aliados, dan superioridad a Occidente en esas zonas. Esta superioridad es la que permite que, pese a la perturbación que pueda suponer esa presencia de unidades soviéticas, en cualquier momento puedan efectuarse desembarcos occidentales análogos a los del Líbano en 1958, aunque con mayor dificultad, naturalmente.

Naturalmente, también puede, en principio, admitirse que la U. R. S. S. intente desembarcar en Grecia o en Turquía, para envolver el flanco sur de la O. T. A. N., creando así situaciones inversas. Claro que hay que tener en cuenta que la O. T. A. N., a partir de la ocupación soviética de Checoslovaquia, advirtió que toda intervención soviética que influya directa o indirectamente en la situación de Europa o del Mediterráneo, llevaría a una crisis internacional de graves consecuencias.

2. *Dificultades y peligros.*

A causa de la estrategia flexible de la O. T. A. N., que es la actualmente vigente, el conflicto casual, inopinado, se hace cada día más posible. Inicialmente sería un conflicto limitado; pero después, con toda seguridad, se extendería o llegaría a agudizarse de un modo peligroso, como puede ocurrir en cualquier momento, por ejemplo, con el conflicto árabe-israelí.

Ante todo esto, en la mayor parte de los pueblos mediterráneos se ha consolidado la idea de que esa situación crítica se debe, principalmente, a la presencia de factores e intereses extramediterráneos que perturban la tranquilidad, amenazando la seguridad y mermando la soberanía política de cada país, así como alteran hasta la economía de la zona. Y como consecuencia, resulta que aun a contrapelo, los intereses de las grandes potencias se afirman más cada día en el Mediterráneo. Nos referimos, naturalmente, a Estados Unidos y a la U. R. S. S., y podemos prever que si se entienden y ponen de acuerdo, pueden llegar a repartirse este espacio asignándose zonas u esferas de influencia, o si, por el contrario, continúan su rivalidad y enfrentamiento, puede en algún momento llegar el choque tan temido o por lo menos mantener siempre con amenazas de una ruptura violenta, una peligrosísima zona de fricción.

Efectivamente, el que naves soviéticas circulen por el Mediterráneo y el que, en correspondencia, buques también de guerra norteamericanos entren en el mar Negro parece contribuir a un estado de tensión, que posiblemente es producido por otras cuestiones entre Washington y Moscú y que puede hacerse particularmente virulento en este mar y afectar peligrosamente a los países de la cuenca. Dentro de esa situación hay aspectos que son manifestación del gran confusionismo y contradicciones reinantes, como, por ejemplo, que la U. R. S. S., que defiende la libre navegación por todos los mares, se haya atrevido a calificar la presencia de dos buques de guerra estadounidenses en el mar Negro, como una provocación, tomando esta navegación como un alarde de fuerza en el que, por lo visto, considera como un mar privado, o, por lo menos, denunciándola como un movimiento innecesario e inoportuno cerca de sus territorios. Los Estados Unidos han rechazado estas acusaciones sosteniendo el pleno derecho a enviar sus naves de guerra a ese mar y a cualquier otro.

3. *La solidaridad es el camino de una neutralización.*

A partir de la guerra de los Seis Días y sobre todo con motivo de las deliberaciones sobre ese conflicto en la Asamblea General de las Naciones Unidas, se pone de manifiesto una cierta solidaridad entre la mayor parte de los países mediterráneos, a pesar de su diversidad ideológica, postura política, alineación, diferente sistema social y grado de desarrollo económico. El móvil principal podrá ser el temor producido por la gravedad del hecho de la agresión, es decir, por el empleo de la fuerza en una zona en que se esperaba poder continuar tranquilamente el desarrollo. De ahí un sentimiento general de adhesión, amistad y simpatía hacia los países no alineados, que fue traduciéndose en posturas de neutralidad, según iniciativas varias y diversas que se desarrollaron de un modo esporádico y a veces hasta contradictorio. Así, por ejemplo, las de Francia, Yugoslavia, Italia y España. Todo lo cual contribuyó grandemente a la confusión.

La conclusión a que fácilmente se llega por la mayor parte de los pueblos interesados, fue que es necesario eliminar del Mediterráneo cualquier presencia militar, como manifestación la más rechazable de influencia y menoscabo de soberanías. El Mediterráneo debe ser para los mediterráneos, quedó como «slogan» de este movimiento.

Ante esta clara y elemental conclusión se ponen enseguida en evidencia los enormes obstáculos que existen para una cooperación que tenga como objetivo alcanzar tal meta. Hay que destacar, en tal sentido, las diferencias de desarrollo, ideológicas, de alineación, etc, que hacen muy difícil encontrar un denominador común como base para cualquier acción conjunta.

De todas formas se trató en determinados sectores de concretar soluciones a los problemas que todo esto suponía y así vemos como algún tratadista señaló las siguientes medidas, algunas de las cuales raya en la utopía:

a) Postura de clara oposición ante la presencia militar de las grandes potencias. No aceptar a ninguna fuerza naval, ni rusa, ni americana.

b) Anular en Oriente Medio los efectos de la agresión israelí, apoyada por el que llaman «imperialismo internacional»; pero esto sin exageraciones al estilo árabe.

c) Resolver la cuestión palestina.

d) Conseguir que esas medidas anteriores sean apoyadas por el mayor número posible de Estados y grupos políticos del mundo.

e) Desarrollar estas iniciativas a base de conferencias a nivel adecuado y de tratados que no degeneren en extremismos, sobre todo al comprender o referirse a otros problemas más o menos relacionados con los fundamentales.

4. *La iniciativa española.*

La necesidad y deseo de colaboración recíproca entre los países del ámbito mediterráneo, ante problemas que les afectan muy directamente en las distintas situaciones, ha sido siempre bien clara y si no se tradujo en formas concretas que prosperaran es porque las grandes potencias no les han ayudado suficientemente, en modo particular las occidentales y en especial los Estados Unidos, quizá por no creer estas actividades compatibles con la existencia de la O. T. A. N.

Recordemos ahora, entre otras demostraciones de ese interés y preocupación, como en 1950 se atribuyó al ministro de Asuntos Exteriores de Turquía, Sadak, la idea de un pacto defensivo que uniera a su país con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia para responder a la presión rusa o al menos cubrirse de ella.

Nuestra patria no permaneció al margen de esas inquietudes, y así vemos cómo en abril de 1952, con motivo de su viaje a Oriente Medio, el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, lanzó la idea de una organización de los países mediterráneos en una especie de comunidad, no propiamente alianza militar.

Con posterioridad, en la conferencia que tuvo lugar en Londres, en agosto de 1956, sobre el conflicto de Suez, la Delegación española, presidida por el propio Martín Artajo, pensó en la posible extensión del conflicto y, como medida para atajarlo, propuso una fórmula que no fue tenida en cuenta y que consistía, más o menos, en la internacionalización del canal.

Estas ideas influyeron notablemente en otras realizaciones posteriores, como, por ejemplo, en el Tratado de Amistad y Colaboración firmado el 27 de febrero de 1953 por Yugoslavia, Turquía y Grecia.

Por descontado, ni Francia ni Italia se encuentran ausentes de la cuestión, sino que aportaron importantes puntos de vista y demostraron el interés que les correspondía, dada su situación geográfica e influencia política, como después vamos a ver.

Acercándonos ya a tiempos más recientes, nos encontramos con la entrevista celebrada en Madrid el 17 de noviembre de 1968 entre el ministro de Asuntos Exteriores español, Castiella, y el secretario de Estado, Rusk, en la que aparece como elemento de gran interés en las conversaciones, la proyección mediterránea de nuestra política exterior.

Como se sabe, la finalidad principal de esta entrevista era la de proporcionar, por parte americana, al Gobierno de Madrid, como en ocasiones análogas anteriores, información sobre las deliberaciones y acuerdos adoptados en la Asamblea de ministros del Pacto del Atlántico—esta vez la XLII—, ante cuya organización cobraba en esos momentos especial valor nuestro país a causa de la actitud francesa y dada nuestra excepcional situación estratégica.

En relación con todo ello se produjo una importante aportación española. El ministro español hizo al secretario norteamericano una sugerencia que, como señalaba el comentarista de política internacional Gómez Aparicio, aunque haya podido sorprender y hasta desconcertar a muchos, respondía a un «inequívoco realismo», ya que precisamente una de las más firmes decisiones de la citada Asamblea de ministros de la O. T. A. N. fue la de atender debidamente a los problemas del Mediterráneo, es decir, «promover en esa zona la estabilidad y una paz justa y equitativa, así como la cooperación y el entendimiento mutuos».

La existencia de esta propuesta o sugerencia española fue conocida por una información transmitida por la Agencia France Press, apoyada, al parecer, en fuentes bien situadas. Al darla al público un importante diario matutino de Madrid, añadía la siguiente nota de redacción: «Nuestras noticias coinciden en la autenticidad de la información anterior. Sabemos que Rusk no opuso ninguna objeción a la idea de Castiella».

En concreto, nuestro ministro de Asuntos Exteriores, que venía patrocinando desde hace tiempo una política de paz en torno al Mediterráneo, sugirió en esta ocasión que tanto la VI flota como las unidades, cada día más numerosas, de la marina soviética fueran retiradas de las aguas del mar Mediterráneo.

El comunicado final de las conversaciones entre Castiella y Rusk no menciona esa propuesta; pero tampoco fue desmentido por nadie el rumor sobre la misma ni los comentarios a que dio lugar posteriormente.

5. *Eco producido.*

La sugerencia Castiella fue recogida favorablemente por gran número de países mediterráneos. En general, los países norteafricanos vieron en esta idea una solución, quizá la única, o por lo menos la básica para conseguir una paz muy deseada. En el fondo estos países prefieren soluciones pacíficas a sus problemas en vez de la tensión actual y el clima de conflicto siempre amenazante. Se adhirió incluso Argelia, que tiene tanta relación con la U. R. S. S. Puede deducirse de esta actitud que también incluso la U. R. S. S. tiene interés, al menos aparente, en la neutralización del Mediterráneo, que posiblemente le resulte beneficiosa.

Por lo que se refiere en particular a Francia, hay que señalar las conversaciones de febrero de 1969 entre los ministros Castiella y Debrè, que abordaron temas como: Presencia de la flota soviética en el Mediterráneo; Gibraltar; Oriente Medio; Relaciones económicas franco-hispanas; Acuerdos con Estados Unidos, etc., y en las cuales es de suponer se actualizara la tesis española contenida en la sugerencia que estudiamos. En relación con ella, fue público que al finalizar su visita a Madrid el ministro francés se declaró a favor de llegar a esa neutralización del Mediterráneo, si bien puntualizando que sería muy difícil conseguirla en estos momentos a causa del conflicto planteado en Oriente Medio. Pero se reconoció, sobre todo por los comentaristas, el papel que España estaba llamada a representar en la política mediterránea, sobre todo la importancia de su cooperación con Francia en los problemas estratégicos de este mar, en los cuales, se subrayaba: «Los Estados no ribereños deben ser considerados como intrusos».

El ministro Debrè habló muy claramente sobre la situación creada en el Mediterráneo. Entre otras cosas dijo: «Cuando Europa tenía la entera responsabilidad de esta parte del mundo, el Mediterráneo conoció intercambios fructíferos, la tolerancia y la paz. Pero en la situación actual, y especialmente en el Mediterráneo oriental, conocemos la intolerancia y las querellas. Si se quiere mejorar hoy la seguridad en esta región, será necesario que los países mediterráneos unan sus esfuerzos».

Y refiriéndose concretamente a la cooperación entre su país y el nuestro, puntualizó: «Si se consideran los sentimientos y el destino que nos llevan a multiplicar los lazos entre nuestras economías respectivas, los problemas a

que debemos hacer frente, es decir, la seguridad y la paz en Europa y en el Mediterráneo, todo nos obliga a unir nuestros esfuerzos y a comprenderlos mejor».

Alemania también participó, aun no siendo país ribereño, en nuestra inquietud, que es al fin y al cabo inquietud general europea y particularmente occidental. Con motivo de la visita del canciller Kiesinger a Madrid, los días 28 y 29 de octubre de 1968, se estudiaron varios problemas políticos planteados por la amenaza de expansión soviética en Europa y en el Mediterráneo y como manifestación concreta de ellos, lo que podía significar la instalación de la flota rusa en Mers-el-Kebir, a cinco horas de mar de Alicante.

Los Estados Unidos de Norteamérica también se han manifestado, en cierto modo, sobre el particular. El 18 de noviembre de 1968, al partir para Lisboa, Rusk declaró, entre otras cosas, refiriéndose a su visita a España: «Hemos tenido ocasión de revisar los asuntos de interés común a los países, los últimos acontecimientos de Europa y del Mediterráneo y también el tema de la guerra del Vietnam, sobre el que informamos normalmente al Gobierno español».

Algunos comentaristas señalaron que la sugerencia de Castiella había causado algunas perplejidades, en cierto modo comprensibles. En general, la opinión pública mundial—recogida en la Prensa—no comprende que España tenga que pedir que las flotas norteamericana y soviética abandonen el Mediterráneo y hay quienes se ponen francamente en frente de esa tesis pensando que la retirada pedida no era necesaria para contribuir a que en el Mediterráneo reine la paz y se imponga una política de coexistencia pacífica y desarme en general.

En orden a los apoyos a la sugerencia, lo lógico es que hubiera obtenido calor y que fuera sostenida por todos los países europeos, principalmente por aquellos que, dada su situación en relación con el Mediterráneo, debían estar más directamente interesados.

Un comentarista italiano, por ejemplo, defiende, en amplio artículo, la propuesta española señalando que su país no podía quedarse indiferente y que, por el contrario, debía ser el primero en suscribirla con entusiasmo.

Una revista francesa pide no sólo que se vayan del Mediterráneo las flotas americana y soviética, sino que los ingleses abandonen Gibraltar, plaza que ha perdido mucho de su valor estratégico, sobre todo separada de la

soberanía española, mientras, por el contrario, integrada en ella, militar y políticamente, «constituiría una región estratégica de extraordinaria eficacia para la defensa del Mediterráneo y, por tanto, de Europa». Sugiere, en consecuencia, coaligar todas las fuerzas políticas y económicas de los países mediterráneos.

6. *Explicación y condicionamientos.*

La mayor parte de los comentaristas de aquellos momentos consideraron la sugerencia española como adecuada y oportuna. Y esta apreciación general se fundaba en extremos como los siguientes:

- Supone una fórmula de coexistencia.
- Pretende contribuir a evitar la agravación del conflicto.
- No persigue ningún fin particular para España.
- España no tiene ninguna responsabilidad en la situación.

Alguien ha señalado que la propuesta o simple sugerencia española fue muy oportuna, ya que se producía en el momento en que los Estados Unidos y nuestro país estaban negociando la renovación de sus acuerdos. Pero no nos referimos a esto cuando decimos que el momento era crítico, sino a la situación mundial en general y en particular a la del espacio mediterráneo.

Todo esto quiere decir que hay un fondo de realismo indiscutible fundado en que a la inmensa mayoría de las casi veinte naciones mediterráneas le tiene que preocupar la situación lo mismo o más que a España. Nuestro país es el más alejado, junto con Marruecos, del foco del conflicto de Oriente Medio; pero hasta aquí pudieran llegar los chispazos de la catástrofe bélica. De ahí que la tesis española sea manifestación de un sentir general, común a los países ribereños del Mediterráneo.

Está, pues, en este sentido, perfectamente justificada la sugerencia Cas-tiella y tiene fundados antecedentes históricos. Siempre fue el Mediterráneo escenario bélico. Hoy, más que militar, la confrontación es política; pero con un grave peligro de pasar a la guerra. Por eso el gran interés en la neutralización que, como intención y hasta como doctrina es ya tradicional y no ha perdido actualidad. Es, además, empresa conjunta para las naciones del Sur de Europa y para las del Norte de Africa. Hay que aclarar que no

se trata de buscar una alianza, sino de lograr algo que pueda ser más fácil y además tener más alcance y prevalecer en cierto modo por encima de las fluctuaciones que de la situación se vayan presentando. La finalidad es convertir a este mar en una vía segura y neutral, abierta a todo el mundo.

Naturalmente, para fundar la paz habrá de establecerse una forma de estar de acuerdo para cooperar, tener una red de relaciones positivas y un sistema de seguridad, y sobre todo ello buscar las coincidencias posibles que permitan la verdadera paz que sólo puede lograrse con un desarme general, que hasta ahora no ha habido quien haya sabido enfocar.

Es bien fácil comprender que este acuerdo habrían de tomarlo los Estados Unidos y la U. R. S. S., con el asentimiento de los países ribereños que son quienes mejor que nadie conocen sus propios problemas. Por parte de los países ajenos a este área habría que estar dispuestos a cumplir, en lo que les afectara, las condiciones, una de las cuales sería esa retirada de las principales flotas de guerra. Ahora bien, ¿es absolutamente necesario este extremo para ponerse de acuerdo? ¿Sería en verdad suficiente? Una vez retiradas esas fuerzas, ¿habría voluntad de llegar a un entendimiento entre los países restantes? ¿Habrían desaparecido entonces los graves problemas del Oriente Medio?

7. Posibilidades.

El verdadero problema está en saber si es posible una neutralización del Mediterráneo en los momentos actuales. Y esto es cuestión muy relacionada con otras tan complicadas como, por ejemplo, las de Oriente Medio. Parece en principio difícil conseguir una verdadera neutralización, cosa muy distinta, si nos fijamos bien, de un equilibrio. Es lógico, en cierto modo, que los Estados Unidos no quieran marcharse del Mediterráneo mientras existan los diversos problemas que convergen en el Oriente Medio (Israel, Petróleo, Suez, etc.), así como en el norte de Africa y en el sur de Europa. Debe también pensarse en quién iba a salir ganando en una neutralización de esa naturaleza. ¿No saldría beneficiada la U. R. S. S.? Sus puertos del mar Negro están bien cerca del Mediterráneo. Y seguramente la U. R. S. S. alegaría razones jurídico-geográficas para demostrar que ella es país ribereño del Mediterráneo por serlo del Mar Negro, como Albania lo es por estar sobre el mar Adriático.

Para poder, en parte, contestarse a esa pregunta, no hay más que observar cuál es el tono y los temas de las conversaciones de los cuatro grandes sobre Oriente Medio. Se sabe también cuál es la postura de los países en pugna en aquella región. Israel está dispuesta a mantener el *statu quo* actual todo el tiempo que sea preciso, en tanto no se firme un acuerdo permanente sobre las fronteras y se produzca el reconocimiento de su estado por todos los vecinos, incluso por la R. A. U.

Es muy interesante ahondar en ese tema, y puede darse por seguro que mientras la actual situación en el Oriente Medio se prolongue, se mantendrá la inquietud en el Mediterráneo. No hay que dudar que en este mar existen otros problemas, ya que el Mediterráneo es un camino que lleva al mar Negro y pasa por el Bósforo y los Dardanelos, es decir a Turquía, a los Balcanes, al Adriático, a Yugoslavia, a Chipre, a la costa norte africana, que cada día aumenta en importancia estratégica con los problemas de Libia, enlazados con los de Túnez, Argelia y Marruecos, etc. Pero lo más importante, lo más grave, lo más peligroso es hoy por hoy el Oriente Medio con los problemas de Israel, refugiados árabes, petróleo, salida al mar Rojo y Océano Indico, es decir, Suez, etc. Es, pues, el Oriente Medio, y en modo particular el problema de Israel, el más importante sin duda alguna, el que va marcando el compás. Israel se mantiene en su tesis, que ha dado a conocer al secretario de las Naciones Unidas, a los Gobiernos interesados y al mundo en general, al hacerlas públicas el señor Evans en rueda de prensa de periodistas en el National Club Press de Washington. Allí se ha dicho: «No podemos sustituir la situación de hoy sino por un acuerdo definitivo. No podemos volver a caer en el error de otras veces. Las garantías quedaron incumplidas y los cascos azules fueron retirados cuando quiso Nasser». En consecuencia, Israel se opone a toda solución impuesta desde el exterior por los cuatro grandes y califica a Francia y a la U. R. S. S. de no ser imparciales, por lo que no pueden ser jueces en la resolución del problema.

Por otra parte, los Estados Unidos tampoco parecen cambiar de aptitud. Sigue la suya siendo la misma de estos años; sobre todo los dos últimos. Se confirma, desde luego, su voluntad de ayuda militar a Israel. Vemos cómo la Prensa subrayó el hecho de que un centenar aproximadamente de pilotos israelíes se entrenaran en Texas en el manejo de los aviones «Phanton» dispuestos para Israel. Otro grupo de especialistas en cohetes han hecho también cursillos en Norteamérica. Es decir, que los Estados Unidos, por ahora, siguen opinando que hay que mantener el equilibrio actual y, por

tanto, la fuerza militar en el Oriente Medio. En consecuencia, si la U. R. S. S. sigue enviando, sobre todo a Egipto, material bélico en cierta cantidad, Washington se considera obligado a efectuar por su parte a Israel envíos de material moderno.

Ciertamente que estos envíos de una y otra gran potencia a la zona en ascuas del Oriente Medio puede parecer tienen la virtud de «neutralizarse» recíprocamente. En verdad, a esto puede llamarse neutralización; pero convengamos en que es una «neutralización» que lleva a la «saturación» de un modo peligroso y por ello muy distinta a esa otra que se quiere conseguir por debilitación de fuerzas, que es la que entendemos animó a la propuesta española con vistas a conseguir un entendimiento más barato o por lo menos a hacer menos explosiva la situación quitando de en medio todo lo que pueda contribuir a extender el conflicto o convertirlo en un enfrentamiento que podría llegar a ser nuclear con riesgo mayúsculo para todos los países del ámbito mediterráneo.

8. *Verdadero valor de la tesis española.*

Señalábamos el eco que la sugerencia de neutralización ha producido en los países norteafricanos. Francia también ha parecido compartir con España la idea de lo que alguien ha llamado «monroísmo» mediterráneo. Se ha comentado el buen sentido de la tesis española y como está en concordancia con la buena voluntad que hay que suponer en la mayor parte de los países de ese área de convivir pacíficamente y de volver a ver el antiguo mar de la civilización desempeñando el papel que le corresponde. El ministro Castiella dijo que «la retirada de todas las fuerzas extrañas al Mediterráneo sería importante para la paz en esta región y para una política de coexistencia pacífica y de desarme general». Sólo así se produciría la necesaria distensión en el Mediterráneo; distensión que ha sido, según se deduce, uno de los temas de las conversaciones de Rusk y de Castiella.

Está claro que una cooperación no mediatizada entre los países ribereños sería la base de la seguridad de la zona. Ahora bien, falta saber si, en relación con los interrogantes anteriormente formulados la decisión de no intervenir, por parte de las potencias extrañas y sobre todo de las dos grandes, llevaría por sí sola a esa cooperación pacífica, de orden económico y político, de los países ribereños.

9. *Ventajas e inconvenientes. Dificultad principal.*

Recogiendo hoy, de la serie de comentarios producidos en el mundo, tan solo aquellas ideas constructivas aunque sean contrarias a las tesis en sí mismo, podemos ir señalando, por lo pronto, las siguientes ventajas:

— Alejaría de estas latitudes el espectro fatídico de la guerra, al menos de la guerra entre potencias de posibilidades nucleares y capacidad para extenderla.

— Contribuiría a una mejor comprensión de los países europeos a los ojos del mundo árabe.

— La efectiva cooperación europea, tan deseada, podría empezar a realizarse sobre los problemas de esta zona, al desaparecer la manifestación de una hegemonía extracontinental (suponemos se refiere a la norteamericana, ya que la U. R. S. S. se considera a estos efectos europea y continental).

— Desaparecería esa alegada razón de que los países mediterráneos están más ligados hoy a Moscú por una necesidad que por una convicción.

— Al lograrse una comunidad mediterránea se facilitaría el «desenganche» de los países árabes del control soviético.

— La retirada de las unidades navales norteamericanas haría desaparecer el pretexto soviético de mantener una flota con función únicamente defensiva. La U. R. S. S. no podría oponerse a una hipótesis de un Mediterráneo para los mediterráneos. (Al contrario trataría de utilizarla a su favor, como hemos apuntado antes, alegando su presencia costera en el Mar Negro).

— Se alejaría toda posibilidad de escalada, en esta zona al menos y por tanto el peligro de que se empeorara la situación (aunque no hay que olvidar por otra parte que el miedo a la escalada también sirve para mantener en cierto modo la paz).

— Perdería fuerza el conflicto árabe-israelí.

— La reunión de los pueblos mediterráneos neutrales ante este conflicto podría definir las condiciones de una verdadera y duradera paz.

Se perciben también, claro está, algunos inconvenientes para el propio Occidente; por lo que conviene considerar una dificultad principal.

La importancia que tiene el conflicto árabe-israelí es bastante mayor de lo que por lo general se cree. Podría ser que por la buena voluntad de evitar que

JUAN DE ZAVALA

se generalice y extienda por lo menos al Mediterráneo afectando incluso al occidental, quedara rebajada la importancia que por sí mismo tiene.

Muy bien señalaba alguien resumiendo la situación, los extremos peligrosos de esas presencias navales:

— Cuando la VI Flota norteamericana dominaba absolutamente el Mediterráneo oriental, su presencia tenía para los árabes un sentido preciso. En el caso de que Israel se viese amenazado en su existencia, los norteamericanos intervendrían inmediatamente a su favor.

— Ahora la presencia de la Escuadra rusa indica todo lo contrario: si un país árabe, aliado de Moscú, se viera amenazado de nueva derrota, la flota rusa intervendría inmediatamente.

Todo esto nos lleva a pensar que hay poderosas razones que se oponen hoy a la paz y a la neutralización pacífica de la región. Lo más factible, por lo que se ve, es desgraciadamente equilibrio armado, con todos sus peligros.

JUAN DE ZAVALA